

SALVAJE OESTE



JUAN TALLÓN


ESPASA

JUAN TALLÓN
SALVAJE OESTE



ESPASA  NARRATIVA

© Juan Tallón, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Sr. García

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.938-2018
ISBN: 978-84-670-5203-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Cayfosa, S. A.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

UNO

El cielo se difuminó hasta volverse hipotético. Iba a llover. César Riezu miró hacia arriba, calculando si las nubes descargarían ahora o dentro de un rato, y le crujió el cuello, que sonó a nuez rota. No le concedió importancia. Simplemente tenía la cabeza grande. La movió varias veces arriba y abajo, a derecha e izquierda, asintiendo a preguntas inexistentes, para asegurarse de que todo estaba bien, en su sitio, enroscado. No podía ocultar que lo atenazaban los nervios, si bien se creía parte de una estirpe de individuos que disfrutaba precisamente con sus nervios, que lo hacían sentirse más vivo que sin ellos.

Se giró para pagar al cielo con su indiferencia, en busca de un hueco plácido entre los invitados que le permitiese generar la ficción de que en medio de tanta gente se encontraba solo en el mundo, solísimo, a semejanza de esos ahogados que el mar arrastra de madrugada a una playa y tardan horas en molestar. En el palco se respiraba una caótica mezcla de perfumes, todos agradables. Su colonia olía a antes de ayer, un aroma hospitalario, pero desgastado. Faltaban veinte minutos para que empezase el partido, y jugar en casa todavía lo ponía más nervioso, es decir, más lúcido, más expectante. Con los dedos pulgar e índice se atusó la ausencia del bigote, que se había afeitado hacía varios años ya. Quizá el bigote hubiese desaparecido, pero su costumbre no, o no del todo. Le gustaba acariciar su falta. Notó la piel escamosa, enrojecida, con ese tono que según su mujer recordaba a un ladrillo viejo. Después se subió las gafas, que se le habían escurrido hasta la punta de la nariz, donde le pesaban como un diccionario de sinónimos y antónimos. Bajo la potente,

demasiado blanca luz de los focos, su cabello negrísimo brilló de un extraño modo, que delataba que se teñía.

En aquella gran sala flotaba un apasionado desinterés por el fútbol. A veces parecía que los invitados acudían al estadio para no tener que asistir al partido. A él no le parecía mal. Era menos un hombre de fútbol que de negocios, aunque hacía tiempo que había visto —quizá antes que nadie— que el fútbol facilitaba el seguir haciendo negocios. Había en todo ello una lógica retorcida, que recordaba a la de aquel señor francés que aborrecía tanto la Torre Eiffel que muchos días se iba a comer debajo de ella, para no verla.

Alguien rompió a reír con fuerza, con un estilo que escapaba a su cuerpo, indomable, y pisoteaba a la gente más próxima. Era la clase de risa que estalla antes que de uno acabe de decir algo gracioso, como si lo adivinase. No eran carcajadas contagiosas, sino crueles, que ofrecían pistas de algo menos gracioso que terrible. Imposible no sobrecogerse. Su sonoridad empujaba el aire hacia las paredes, y lo peor era que aquel hombre alto, grueso, sin llegar a gordo, reía y reía, al principio porque algo con gracia lo empujó y después porque la risa misma le despertaba nuevas risas, que convocaban a otras distintas. Riezu se preguntó si alguna vez había visto, y escuchado, a alguien reír durante tanto tiempo, con aquel desgarró, en toda su vida. Probablemente, no. No quiso volverse por discreción y porque no deseaba llevarse un chasco si era alguien a quien respetaba.

Buscó el teléfono, por si hubiese alguna llamada o mensaje. Se palpó los bolsillos de la chaqueta y después los del pantalón, y otra vez los de la chaqueta antes de dar con él. Vio que tenía un mensaje del nuevo presidente del Banco del Norte, Dep. Batlles i Pla. «Me apuesto el cojón derecho a que Héctor Niza será ministro de Economía. Nos vamos a forrar. A forrar más, quiero decir». Sonrió a oscuras, sin sonreír.

Sobre su mente siempre había nubes apostadas, que empujaban alguno de sus negocios en marcha. Esta vez se trataba del concurso para construir en Riad el edificio más alto del mundo y emplazar en él uno de sus hoteles. En cuestión de semanas, quizá días, debía decidirse a qué consorcio de empresas encargaba el proyecto Arabia Saudí. Él tenía fuertes intereses en uno de ellos.

Había muchos millones de euros en juego. Si se hacían con esa concesión, sería una de esas operaciones que se sellaban solo una o dos veces en la vida. Y quisiese o no, incluso cuando no pensaba en ello, últimamente ese asunto estaba siempre ahí. Ser millonario obligaba a uno a una ansiedad perpetua. No podías ser millonario sin más, tenías que ser continuamente más millonario y hallar nuevos nichos para expandirse, y para eso había que convencer a alguien de que hiciese algo de lo que no estaba convencido del todo. Pasaba sus peores días doblegando resistencias. Atrás habían quedado los tiempos en que uno se hacía rico con esmero, despacio, tras un largo aprendizaje; ahora se planteaba en términos de una lucha sin cuartel. No podías detenerte a pensar que eras rico porque perdías dinero, que inexorablemente iba a parar a otro, más pragmático, que no pensaba, solo actuaba.

La responsable de protocolo del club se acercó a comunicarle algo al oído y él escenificó un árido gesto en el aire para que lo dejase en paz con ese asunto. De nuevo dio algunos pasos hasta la cristalera para contemplar las gradas. Estaban llenas de gorros y guantes, y, al expulsar el aire, a los aficionados se les veía el aliento. Ese día el frío era romo. Pese a que se encontraba en la sala vip y allí hacía calor, Riezu se frotó las manos para inventar el fuego. Sus manos eran pequeñas y sus dedos gruesos incordiaban la acción más banal, como tomar unas tijeras o marcar un número de teléfono, pero había aprendido a convivir con sus defectos. Cuando podía, las guardaba en los bolsillos, para que no le pesasen. En el bolsillo derecho tocó la medalla de oro de la Virgen de los Milagros. La agarró con fuerza y le pidió ayuda. Después de todo, el fútbol constituía un asunto demasiado complejo.

Percibió que el pantalón le apretaba la barriga. Había vuelto a engordar, pese al régimen. Un número considerable de dietas para adelgazar conducían al aumento de peso. Él era testigo. Se trataba de una constante en su vida: engordar como efecto de pretender adelgazar. Se sintió incómodo, pesado, extranjero en su interior. En la última semana había dormido poco, pero mal. Un presentimiento lo molestaba del mismo modo que a veces unas sábanas arrugadas no te dejan conciliar el sueño, o unos ronquidos en la habitación de al lado te mantienen en vilo.

Buscó al presidente del Arsenal. El veterano Chamberlain era una institución, empezando por su nombre, que desprendía la ambición que solo poseen algunos nombres de transbordadores espaciales o de caballos de carreras, a los que sus propietarios llaman Blackbeard, Jack Hobbs, Big Soldier, Storm of Stars, o John F. Kennedy. Lo encontró sosteniendo una copa de champán vacía, que dejó que Riezu chocase con la suya. Sonó a brindis tristísimo. La imagen de una copa vacía solo resultaba un poco menos desoladora que un parque para niños de cemento.

En el almuerzo habían quedado flecos sueltos y pretendió recuperarlos. Se limpió las gafas con la corbata, satinada y un poco pasada de moda, su preferida, y lo abordó.

—Creo que podríamos mejorar nuestra oferta por Beaumont. —El presidente del Madrid se esforzó por que la frase no pareciese una propuesta, sino un rodeo. Había que ser empresario desde niño, y que antes lo hubiesen sido los padres de uno y los abuelos, y tal vez también los bisabuelos, para no decir las cosas que se decían. Pero Chamberlain conocía el oficio lo bastante y sabía que Riezu era un hombre de negocios ancestral, un pez gordo, un tiburón, en definitiva, y que cuando bromeaba no hablaba sino en serio. El inglés se hizo el idiota con sutil estilo.

—¿Quieres comprarlo ahora, antes de que empiece el partido? —Consultó el reloj, para fortalecer la construcción de la idiotez.

Riezu inclinó la cabeza sin afán. El humor no era uno de sus hobbies. Se transparentó demasiado que por dentro pensaba que Chamberlain era un viejo zorro hijo de puta. No abundaban en el fútbol moderno. Eso lo respetaba más que el humorismo. Había muchos hijos de puta, sí, pero no viejos zorros hijos de puta. La diferencia era de tipo técnico y a la postre abismal. Había que ser a su vez otro buen hijo de puta para apreciarla. Aquella pregunta, que parecía hecha por un niño de once años, era un «no» británico, de breve y elegantísima ejecución. Chamberlain preguntó de nuevo y la pregunta sonó a jaque:

—¿Y para qué queréis a Beaumont? Ya tenéis a Strogoff. —Y al pronunciar «Strogoff» bebió de su copa de champán vacía. Fue otra demostración de elegancia, incluso de humor también británico, que Riezu asoció con un signo de la edad.

—Todo equipo es siempre una historia sin acabar. Está construyéndose permanentemente. Tal vez Beaumont nos ayudase algún día a cerrar el círculo. ¿No te parece?

Al presidente del Arsenal, a la luz de su reacción, fría, no le parecía nada. Sabía cuándo no convenía tener demasiada opinión de las cosas. Clavó los ojos en el interior de Riezu, preguntándose si ahora el presidente del Madrid era filósofo.

—Mi padre y mi abuelo, que también presidieron el club, decían que, si no actuabas con demasiada ambición, vivías más años; yo me mantengo en esa tradición. —Chamberlain buscó con la vista a alguien que pudiese rellenarle la copa, que vacía durante demasiado tiempo comenzaba a perder gracia.

Riezu trató de calcular cuántos títulos había obtenido el Arsenal con esa filosofía y le salieron pocos. También intentó determinar, improvisando, cuál era el precio de Beaumont, para hacer una oferta que impidiese a Chamberlain seguir apaciblemente el partido, pero sabía cuándo alguien no se encontraba receptivo; desistió.

—El mundo ha cambiado tanto, Chamberlain, que el fútbol ya ni siquiera es fútbol, como ocurría en los buenos tiempos; ahora solo son negocios, y en los negocios, si no tienes una gran ambición, te mueres antes incluso de hacerte joven. Mi temor es que también llegue el día en que los negocios tampoco sean negocios.

Chamberlain se quedó pensando en esa frase, que le recordó a un viejo guion de Hollywood. A su lado al fin pasó un camarero con una bandeja de bebidas. Renovó la suya y luego descansó una mano sobre el hombro del presidente del Madrid, paternalista.

—Hablemos en el segundo tiempo. Si el mundo cambia tan rápido como aseguras, quizá para entonces ya no tengas interés en comprar a Beaumont. Tal vez incluso quieras venderme a Strogoff.

Pero César Riezu perdió de golpe todo interés en Chamberlain y quizá también en Beaumont. Acababa de llegar el nuevo presidente del Gobierno. El Congreso había designado esa mañana a Javier Alvarillos por mayoría absoluta. Su rostro alargado, con forma de cabeza de caballo, y tenso, recién afeitado, casi rosa, dobló un vano intento de sonreír ante Riezu. Tal vez quiso, pero no supo. En solo media mañana su figura se había mime-

tizado con el cargo y cualquier aspecto gris del pasado se confundía ahora con un porte brillante, engañosamente esbelto. De pronto lo movía su fachada de líder osado, maquiavélico e ininteligible.

—Ya caminas como un presidente del Gobierno —dijo Riezu al tenerlo ante sí y verse oscurecido, menos por su envergadura que por la precisión con que todo encajaba: la chaqueta en sus hombros, la corbata en el cuello, la raya a la derecha en el pelo, los gemelos en los puños, la puntualidad en el reloj.

Se fundieron en un abrazo de socios, que se alargó para ser contemplado.

—¿Y se puede saber cómo demonios camina un presidente del Gobierno?

—Diría que vas todo el tiempo en pos de un objetivo trascendental, aunque al final solo te dirijas al váter, a mear.

Riezu le presentó al dirigente del Arsenal y Chamberlain, después de soltar su mano, bajó la mirada y por causalidad reparó en el calzado de Alvarellos, que estudió. Tuvo la sensación de no haber visto nunca unos zapatos tan bien atados y que lucían sin necesidad de brillar. Detrás de un nudo así, pensó, había varias horas de trabajo, incluso varias personas atando y desatando y volviendo a atar, hasta hallar la perfección. Debía de dar pena descalzarse al final del día. Chamberlain entendería que Alvarellos le hiciese el amor a su mujer, o a otras mujeres u hombres, sin quitarse los zapatos, por una cuestión de estilo.

Los empresarios, presidentes de bancos, directores de medios de comunicación o simples oportunistas que vigilaban la figura de Alvarellos, ansiosos por saludarlo, se resignaron a ver cumplidos sus deseos solo en el descanso al sonar el timbre de aviso: empezaba el partido. Acompasados, apuraron sus copas y se dirigieron a sus respectivos asientos en el palco. Riezu y Alvarellos se demoraron unos segundos, hasta que la directora de protocolo les hizo una señal para salir. En un movimiento de escueta discreción, se acercó a Riezu y lo puso al corriente de las ausencias.

—Falta la alcaldesa —detalló.

—Que le den por el culo.

El estadio rugía y el rugido, más ventoso que en otros partidos, movía el césped, que a su vez se dejaba llevar. Riezu des-

confiaba del ruido. Había gastado muchos millones esa temporada en fichajes y renovaciones para ahora creer que los gritos y la pasión de la grada servían de algo. Creía más en la Virgen.

—Me conformo con un 3-0 —apuntó Alvarellos para que no pareciese una orden.

Riezu se limitó a colocarse bien la corbata, frito de nervios, brioso. Creía que las arrugas de la ropa daban mala suerte. Presidir aquel club exigía no solo dinero y ambición desmedida, sino también supersticiones impenetrables. Escéptico de nacimiento, emitió un gesto confuso para conjurar el exceso de confianza del presidente del Gobierno. Fue un carraspeo sutil, pero Alvarellos escuchaba lo inexistente.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—El Arsenal está muy fuerte y juega Beaumont.

—Beaumont —repitió con displicencia—. Somos el Madrid y jugamos en casa; no me fastidies con tu pesimismo. Además, nosotros tenemos a Strogoff.

La noche se puso de perros. Empezó a llover. El agua desdibujó las habilidades de ambos equipos y poco a poco los errores despertaron la indiferencia de parte de la grada, y en especial del palco.

—El Madrid no juega a nada —expresó Alvarellos—, pero es cuando más peligroso resulta. Me gusta cuando ganamos sin un cómo ni un porqué.

—Tenemos la fórmula invencible del estilo inexistente —se divirtió Riezu acompañando aquella teoría y al instante cambió de tema—: Por cierto, empiezan a sonar nombres para tu futuro gobierno.

—¿Ah, sí? Deberías ponerme al tanto. ¿No querrás ser ministro?

—Ja. Me gusta mi vida tal como está. No tengo que disimular que me sobra el dinero. Cuando eres ministro, te pasas el día fingiendo que solo eres un ciudadano más, que siente, que pasa frío o calor, o que tiene problemas para llegar a fin de mes. Es absurdo. Además, si quieres ganar mucho dinero, estás obligado a infringir la ley de vez en cuando. No te convendría tenerme en tu gobierno. —Aflojó levemente la corbata, para continuar—: En cambio, no te oculto que necesitaría que, como presidente del Gobierno, me hicieses un pequeño favor.

Alvarellos lo miró de reojo y luego directamente.

—La alcaldesa está demorando sin motivo la licencia que nos permitiría vender la vieja parcela del club. Necesitamos ese dinero para seguir enjuagando la deuda y fichar jugadores. ¿Por qué no hablas con ella para que desbloquee el asunto? Todo está en regla. Los trámites administrativos ya se resolvieron en su día. No viene a nada esta demora, salvo al narcisismo de la alcaldesa, que necesita escenificar que la última palabra siempre es suya.

Alvarellos frunció los labios, igual que un pez. Después, en una maniobra mundana, estiró las perneras del pantalón para tapar el final de los calcetines.

—¿Dónde está, por cierto?

—Quién sabe. Tal vez en una de sus sesiones de yoga, buscando su centro neurálgico.

—¿Yoga? ¿Me hablas en serio? ¿Yoga? —Se le puso tensa la mandíbula. Nunca conocería lo bastante a Hilda García-Frost, pensó. Pasaban los años y todo lo que sacaba en claro era que tal vez nunca incurriría en ser exactamente la misma mujer dos días seguidos. Sabía que era ella porque se mantenía fiel a su aspecto, desafiando al tiempo, y porque nadie disfrutaba tanto del juego de líder guiando a los demás a un destino no del todo conocido.

—Eso he oído.

—Déjame un par de semanas —dijo tras una pausa el presidente—. Hablaré con ella.

—Te lo agradezco. García-Frost y yo no podemos ya mantener una conversación que conduzca a algún sitio. Nos comunicamos mejor enviándonos recados por terceros.

Un súbito «uyy» recorrió el estadio. Los aficionados echaron de menos otra manga. Un escalofrío les sacudió el cuerpo. Alvarellos y Riezu se miraron sobrecogidos, con afectación. Un milagro acababa de evitar el gol del Arsenal, y no era el primero. Riezu se volvió para espiar otros miedos. Cuatro filas más atrás distinguió, salvaje y negra, la melena en movimiento de Claudia Aibar, calentando el aire. La consejera de Caja Nacional seguía el partido completamente ajena al fútbol. A su lado se sentaba Eloy Galindo, el presidente de la Confederación de Empresa-

rios, con el que cuchicheaba y al que algo hizo estallar en una estridente risa, que se levantó sobre el resto de ruidos, de por sí intensos, y que era la misma que minutos antes tanto había turbado al presidente del Madrid. Atrapado en sus gafas viejas, de carey, estas y su gusto por los trajes marrones y amplios ejercían una cruel dictadura sobre su estilo, que producía en quienes lo miraban el desafecto y la tristeza de los paisajes devastados. Galindo tuvo dinero, lo perdió, lo ganó de nuevo, jugando a las quiebras y a los pelotazos sucesivamente. A sus cincuenta y cinco años, los últimos rumores decían que su cadena de restaurantes, Oklahoma, que se extendía por una docena de países entre España y Sudamérica, no marchaba bien. Al lado de la personalidad palpitante y la belleza de Claudia Aibar, Galindo parecía incluso saber nadar.

A ojos del país que estaba naciendo, todavía sustentado en hipótesis, Aibar se volvía una promesa irrefrenable. Eran muchos los que deseaban creer en ella, para calmar la necesidad de sentirse cercanos a alguien. Habían llegado nuevos tiempos y sus relatos debían todavía buscar un comienzo. Se decía que con Alvarellos en el Gobierno Aibar dejaría de ser lo que quiera que fuese hasta entonces para convertirse en una luz hacia la que, antes o después, habría que ir. Palpitaba, y ese fulgor incesante se merecía en sí mismo la fe. Su nombre llenaba cada vez más rumores, incapaces de mayor concreción. Algunos deseaban decir que no solo había estudiado Derecho con el presidente y más adelante realizado trabajos de asesoría para el Partido Conservador, pero cualquiera sabía que Alvarellos estaba demasiado enamorado de su mujer, y desde hacía tanto tiempo, para fantasear a estas alturas con la idea de una aventura siquiera perdida en el pasado con Aibar. Eso se consideraba sencillamente imposible, tanto que se podía pensar, pero no decir, para que las frases no condujesen a la perdición. No cabía duda, sin embargo, de que una parte de aquella mujer, la que fuese, había seducido irremisiblemente la amistad de Alvarellos.

Las apuestas que se cruzaban sobre hipotéticos ministros la incluían en casi todos los casos. Desde el día que el Partido Conservador la había aupado al consejo de la caja, su persona simbolizaba un diamante bellissimo, joven y peligroso. Alvarellos valo-

raba la fuerza con la que era capaz de creer en una idea, aunque fuese la equivocada. Si en algún momento acertaba, un espíritu así inspiraba a su vez a muchos otros espíritus indecisos.

Galindo se acercaba tanto para hablar que Aibar temía que su desagradable aliento le desabrochase un botón de la blusa. Eloy le caía simpático, se había portado siempre bien con ella, pero su aliento constituía un muro infranqueable, casi una promesa de enemistad. De vez en cuando aguantaba la respiración para no soportarlo.

—Necesito el crédito. Hablamos de una cantidad que no significa nada para Caja Nacional. Se lo expuse a Iñaki y mostró algunas dudas, pero no dijo que no. Como presidente tiene autoridad para desbloquear la concesión. Me pidió que hablase con el jefe de Negocios. Me sentó a cuerno quemado, pero lo hice. Menudo hijo de perra. ¿Lo conoces bien? El muy gilipollas me exige una serie de datos y garantías que lógicamente no puedo ofrecer, pero porque son garantías exageradas. ¿Pero es que no se da cuenta de que el asunto viene de arriba y que, a las malas, yo también soy consejero de la caja? ¿A qué jugamos? Ni que el dinero saliese de su bolsillo. Son diecisiete millones de mierda, joder. De todas formas, mi intención es deshacerme de Oklahoma, de manera que con su venta resolveré el crédito de sobra. Pero eso puede tardar aún tres meses, seis a lo sumo, y entretanto tengo que pagar deudas y muchas nóminas. Me harías un favor de la hostia si hablases con Iñaki. A ti te escucha. Y ahora con Alvarellós en el Gobierno más todavía. ¿Hablarás con Iñaki?

Aibar aceptó con un gesto aburrido, necesitada de consumir su mente en nuevas conversaciones, a poder ser con otras personas. El destino se puso de su lado cuando el árbitro señaló el final de la primera parte. En un recital inesperado, el palco se irguió y suspiró a coro, y los invitados se alejaron de sus asientos en busca de algo importante que hacer. Esos quince minutos que en fútbol duraban los descansos en el palco de aquel estadio significaban una oportunidad que el mundo ponía a su alcance. Desaprovecharla solo estaba al alcance de gente sin ambición, que en un sitio de aquella naturaleza perdía el derecho a las segundas oportunidades.

Nada apagaba tanto el carácter de Aibar como un mero diálogo a dos. El descanso la resucitó. Ella adoraba las compañías, vivir rodeada por decenas de estímulos, voces, aspavientos, muecas, frases mezcladas que hacían amasijos con las palabras que llegaban de un lado y otro. En la desbandada hacia la sala vip, quedó cara a cara con el director de *Milenio*. Intercambiaron frases entusiastas, porque se alegraban de verse. Ella lo aborrecía en secreto, sin embargo. Era esa clase de odio que no trasciende y que para ocultarse se cubre con una capa de simpatía, casi amor. Juan Gervais acaparaba todo lo que ella despreciaba. Incluidas sus camisas tan rimbombantes y —lo que era aún peor— tan perfectamente planchadas. Gervais aprovechó la cercanía a la que habían quedado abocados para susurrarle:

—Nunca se ha hablado tanto de ti.

—Y lo peor es que ahora se habla bien. Conozco a tanta gente maravillosa que solo se ha quedado en eso, en maravillosa, que no desearía formar parte del grupo —lamentó.

—Si te sirve de consuelo, yo no creo que seas maravillosa en absoluto. Tal vez Alvarellos sabrá apreciar esa virtud.

Aibar ignoró el cumplido. Algunos vaticinios, por el hecho de formularse, se condenaban a no cumplirse. Propuso ir a beber algo y olvidar por ahora cualquier esperanza en lo que el futuro pudiese traer consigo. Gervais dejó que ella pasase delante con la simple intención de espiar mejor su cuerpo. Pensaba que el mundo estaba lleno de ángulos y que un día se volvería perfecto si se miraba desde todos ellos. En la tranquilidad de no ser visto, se aseguró de que su chaqueta estaba recta y la camisa sometida al pantalón. Se sacudió una pelusilla de la solapa con superioridad moral, igual que se echa a un caradura que se cuele en una fiesta exclusiva.

La sala bullía. El fútbol que de verdad interesaba estaba allí. A menudo aquel deporte transcurría entre salas vip y despachos altísimos, copados por tipos sin idea de fútbol. Ejercían de presidentes, vicepresidentes, vocales, consejeros delegados, secretarios, asesores, tesoreros, y venían de todas partes a hacer negocios. Cada partido, el palco se volvía un lugar lleno de gente que entendía de ingeniería, derecho, política, moda, fondos de inver-

sión, hostelería, textil, cine, alta tecnología, transporte, vino, música, zapatería y un millón de cosas más.

La alcaldesa irrumpió como un relámpago en la claridad, en compañía de su marido, León Higgins-Mora, y el consejero político de la Embajada de Estados Unidos en España. Sus contactos con las autoridades norteamericanas se habían intensificado en los últimos meses a raíz de una iniciativa del ayuntamiento para establecer vínculos institucionales con las ciudades más importantes de Estados Unidos. A finales del otoño, una pequeña delegación encabezada por la propia García-Frost visitaría Boston y Nueva York. Sus gestiones se centraban ahora en conseguir que alguna de las universidades de la costa este le concediese un doctorado *honoris causa*. Se presentaban como un trabajo laborioso que requería de una lenta y constante acumulación de detalles, unos más insignificantes que otros, pero todos necesarios, y de ahí la presencia del consejero en el palco.

—Perdón por el retraso —se disculpó ante Alvarellos y el presidente del Madrid después de las presentaciones—, pero la mujer del embajador requirió en el último momento nuestra presencia. Su hija sale de cuentas esta semana y le hace ilusión dar a luz en la magnífica sanidad madrileña.

El presidente del Gobierno y Riezu, y Gervais y Claudia Aibar, que acababan de sumarse al exclusivo club, no tardaron en verse secuestrados por la alcaldesa, que cuando llegaba a los sitios, aunque fuese tarde, cumplía con su pasión por hacerse notar. A García-Frost le fascinaba que la escuchasen, o que la mirasen, a secas. Le gustaba hablar, en especial cuando conseguía hacerlo ella sola, mientras los demás la admiraban en silencio.

Aibar la saludó con tibieza, por tener que compartir repentinamente con ella el esplendor, y en cuanto pudo se envolvió en una copa de vino y se interesó por las otras decenas de cosas que sucedían siempre en aquel palco, que no estaban protagonizadas por la alcaldesa. En medio de la multitud, por unos segundos, se sintió a solas, muy a gusto. Reparó en la cantidad de minifaldas y piernas fascinantes que se reunían allí y se preguntó si siempre había sido así. Se alegraba de haber elegido un corte discreto, aunque ceñido, apenas por encima de las rodillas, que cuando mostraba irradiaban una extrañísima audacia.

En el desconcierto de colores cortos, la sobriedad de un vestido negro y plateado en medio del volcán llamó su atención, aguda para las cosas que se evaporan. Era la responsable del área de Innovación del Banco General. Hacía semanas que no coincidían. Se veían casi siempre en fiestas, y menos en un desayuno o acto institucional. En la última ocasión habían acabado borrachas en una terraza de Ibiza. Seguramente debía pasar más tiempo antes de pensar en una repetición. Las grandes noches poseían sus trámites. Entremedias había que intercalar noches pequeñas y aburridas, para no hacerse una idea equivocada de la felicidad, que debía tenerse por un bien escaso.

Fue en su búsqueda. Junto a ella encontró a David Picaso. La desconcertó esa compañía, aunque no le extrañó. A menudo lo bueno del estadio del Madrid, y de otras fiestas que tampoco tenían que ver con el fútbol, era coincidir con David. Tenía el mejor carácter de Madrid y un apellido ambicioso pero no demasiado ambicioso. Si estabas a su lado era porque lo conocías bien y si lo conocías bien era porque pertenecías a su cartera de clientes. Si un día su agenda saliera a la luz, el país se moriría de risa y concluiría que los hombres y mujeres con poder y dinero son en algunos aspectos iguales que los demás. A su manera, David era un hombre de negocios. Tenía un pasado prometedor. Había grabado un disco con el que había cosechado cierto éxito, pero esa vocación había desaparecido hacía ya mucho tiempo. Ahora simplemente tenía la mejor y más exclusiva droga de Madrid y vivía de ello. Su presencia le provocó a Claudia Aibar un brote de excitación. Medio gramo de cocaína era el tipo de plan que aún podría rescatarla del hastío. Tal vez no estuviese todo perdido; se infundió ánimos.

Con el lenguaje directísimo que se permitían las personas que deseaban mucho algo, preguntó y saludó al mismo tiempo:

—¿Tenéis algo que pueda apetecerme mucho?

La buena vida a veces se reducía a saber hacer las preguntas exactas en cada momento. Dos minutos después se dirigía al baño en compañía de la directiva del Banco General. Se miró fuzgamente al espejo, desde muy cerca, buscando la imperfección que todo rostro persevera en ocultar, y a continuación se arrastraron la una a la otra hasta el último retrete. La soledad se escu-

chaba. Aibar bajó la tapa del inodoro, se sentó, sacó su cartera del bolso, extrajo una tarjeta de crédito y, sobre la cartera, que apoyó en las piernas, vertió la droga. No quiso quedarse corta en una ocasión así y añadió un poco más.

—Un partido de fútbol puede hacerse muy largo —alegó para justificar la cantidad.

—Date prisa.

Aibar se detuvo bruscamente y la miró con un gesto desaprobatario, fríísimo.

—Primera regla: no te metas un tiro si tienes prisa. Esto es placer, no negocios.

Se desprendía peligro y belleza de los movimientos con los que Aibar desmenuzaba la droga con su tarjeta. Le tendió la cartera a su compañera, para que procediese, pero ni siquiera había preparado el rulo. Aibar aborrecía a los consumidores a los que había que dárselo todo hecho. Hurgó en el bolso y encontró un pósito antiguo, con una anotación. La leyó y no le sonó a nada; también tenía un número de teléfono, sin el nombre de su propietario. Construyó un cilindro y se lo pasó a su amiga. Esta miró al techo, cerró los ojos, llenó de aire sus pulmones y los vació despacio, en busca de concentración. Tras esos segundos rituales, cayó sobre su raya, que se esfumó en un suspiro. Le pasó la cartera y el rulo a Aibar, que ansiaba demasiado el momento como para incurrir en rituales. Al acabar, mojó el dedo índice, lo pasó por la cartera, para limpiarla, y se lo llevó a la lengua.

Aún demasiado conmovidas por el placer, advirtieron que se abría la puerta de los baños y que alguien entraba en el retrete de al lado, atropellándose. Se oyeron algunos susurros excitados. Se trataba de una pareja. Entretanto, Aibar levantó la tapa del inodoro y se puso a hacer pis. Iba a decir algo, pero en el otro baño entablaron diálogo y prefirió escuchar.

—Chúpamela, rápido —dijo una voz de hombre.

Aibar se llevó la mano a la boca, para tapársela, en un gesto de desatada sorpresa. ¡Reconocía aquella voz!

—Pero ¿no quieres follarme? —preguntó la mujer, algo perpleja, con acento italiano.

—No hay tiempo, acaba de empezar la segunda parte. Dale.

Aibar trató de decirle a su compañera, moviendo solo los labios, que la italiana se la estaba chupando a Juan Gervais. Cuando se hizo entender, y a su amiga se le escaparon algunos aspavientos infantiles, Aibar temió que las descubriesen. Después de todo, no solo conocía a Gervais, sino también a su esposa, que, por supuesto, carecía del menor acento italiano. Sin embargo, en un instante imprevisible, durante el que no fue ella misma, sino la Claudia Aibar enardecida por la raya, sacó el teléfono del bolso, se subió al inodoro e hizo una fotografía del otro retrete, separado del suyo solo por una de esas paredes que no alcanzaban el techo. Guardó el móvil de nuevo en el bolso. Después accionó la cisterna y salieron de puntillas, apresurándose.

Había marcado el Arsenal. Aibar regresó a su asiento. Su mente y su corazón viajaban a toda velocidad, sin un destino. El sabor de la droga le recorrió la boca y se abrazó a esa felicidad ciega, de prestado. Le alegró encontrar vacía la butaca de Galindo. En su ausencia, se precipitó a una caótica conversación con la mujer del embajador de Inglaterra. Se daba perfecta cuenta de que no hablaba ella, sino la cocaína. Empezó expresándole su admiración por el uso de la pajarita que hacía su marido, le encantaban las pajaritas, y a continuación, no supo cómo, le habló de la lluvia y Jack el Destripador, y de la circulación por la izquierda, y de las playas del sur, tan iluminadas por el sol que cegaban.

El fútbol se volvió una ausencia, o al menos una lejanía. Solo unos asientos más abajo, César Riezu le pareció resignado a la derrota. Todo cambió cuando tres minutos después el árbitro señaló penalti a favor del Madrid. Cada contraataque del Arsenal dejaba una marca indeleble en la defensa del Madrid, pero inesperadamente se podía dar un milagro. Y todo a cinco minutos del final. Los nervios de Riezu estaban desbocados. No eran suyos, sino de todo el estadio. Se llevó la mano al bolsillo para tocar la medalla de la Virgen. Cuando vio a Strogoff dirigirse al punto de penalti y colocar el balón, incurrió en su fatalismo.

—Puede fallar.

—Cállate —ordenó Alvarellos.

El lanzamiento de Strogoff se perdió por encima del larguero.

—Lo sabía —lamentó para sí Riezu.

Alvarellos lo miró y con los ojos muy abiertos pareció reprocharle su maldito pesimismo. Sin embargo, porque a lo mejor tuvo presente que esa mañana había alcanzado la presidencia del Gobierno, se limitó a una observación conformista.

—No se puede tener todo en un día.

Hubo siseos en el palco.

—A veces no puedes tenerlo ni a lo largo del año —respondió Riezu, con la horrorosa temporada del equipo en mente. Se tomó un par de segundos en los que contó hasta diez varias veces, sin éxito, antes de acabar pensando que tal vez debiesen rodar cabezas. El resultado y, sobre todo, el juego del rival dejaban pocas esperanzas para el partido de vuelta. La semana se iba a hacer muy larga. Le trasladó la idea de despedir al entrenador a Alvarellos, que le pidió tranquilidad. Las cabezas cortadas, en su experiencia, poseían la extraña facultad de rodar hasta mucho más allá de donde uno preveía. Convenía actuar con prudencia cuando se trataba de cabezas ajenas.

—No se cortan y se detienen al pie del cesto, sino que adquieren una inercia peligrosísima, que nunca sabes hasta dónde alcanza. Además, queda el partido de vuelta. Aún hay probabilidades de pasar.

—El partido de vuelta —repitió Riezu, sin saber qué pensar de las probabilidades—. Pagaría por que mañana no hubiese prensa y no tuviese que leer ninguna crónica.

El colegiado levantó los brazos y pitó el final. En la grada, el pitido atravesó varios corazones, que no supieron sangrar. Hubo tímidos silbidos y algún pañuelo blanco. Los invitados del palco se irguieron al unísono, como una orquesta. Riezu se volvió hacia Chamberlain y lo saludó afectuosamente.

—La oferta por Beaumont sigue en pie.

El presidente del Arsenal soltó una enorme carcajada.

—No me gusta tomar decisiones cuando soy un hombre feliz. Mejor hablamos cuando esté triste —le respondió, en lo que Riezu consideró su «maldito humor inglés».

Alvarellos dio la espalda al campo, se ajustó el pantalón a la cintura y compuso una sonrisa con absoluta desgana. En ese momento, distinguió a Claudia Aibar, que abandonaba su fila

y se dirigía hacia él. Mostró sorpresa por verla allí y, al cabo, alegría. Le guiñó un ojo antes de besarla.

—¿Cuándo vamos a celebrar la presidencia? —preguntó, a sabiendas de que Alvarellos odiaba celebrar cosas.

—De momento, ¿por qué no comemos un día de estos? Tengo algo que proponerte.